

SERMON

DE LA

VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

(DE GONZÁLEZ.)

Abiit in montana cum festinatione... et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth.

Fué con prisa á la montaña... y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel.

S. Lucas, c. 1. v. 39. y 40.

No es posible que un cristiano, que lo sea de corazón, conserve su vida por los placeres, si medita con seriedad que Jesucristo ha dado la suya entre los mas crueles tormentos: no puedo persuadirme á que los verdaderos fieles pongan los ojos en ese adorable Sacramento, sin que llenos del mas profundo respeto, se postren en su presencia y se consagren al servicio de un Dios, que tan liberal y benéfico se muestra con ellos: no es fácil creer que una criatura racional fije la consideracion en la vida y muerte del Redentor... mas, qué digo de su vida y muerte? Antes de nacer, ya derramaba á manos llenas sobre el hombre los tesoros de su gracia. Cuando aún no era llegado el tiempo, que la ignorancia ó la corta capacidad del entendimiento humano ha querido fijar por término á la naturaleza, para dar principio á sus operaciones mas misteriosas y admirables; cuando el arrogante físico aseguraria con la mas completa satisfaccion, que aún no se habia formado la bendita humanidad de Jesucristo, apenas pronuncia María aquellas memo-

rables palabras: *fiat mihi secundum verbum tuum*, y se obra por virtud del Espíritu santo la mas prodigiosa de las uniones; en aquel mismo instante el Hombre-Dios proyecta ya, emprende, ejecuta las obras mas portentosas en beneficio de sus semejantes: desde aquel momento parece que solo le ocupa el negocio de la redencion que le ha traído del cielo; que solo piensa en disponer á los hombres para recibir su doctrina. Habiendo elegido á su Precursor de antemano, desde la eternidad, se levanta, corre presuroso, atraviesa la áspera montaña hasta llegar á la famosa Hebron, y se dirige á la casa de la anciana Isabel, en cuyo vientre se hallaba encerrado aquel ya hacia seis meses: su presencia ahuyenta de este niño aquella fea mancha, que como descendiente de Adán habia contraído.

Hé aquí el principal objeto de la visita que María hizo á su prima Isabel, y cuya festividad procuráis solemnizar vosotros con todo esmero siguiendo el espíritu de la Iglesia. Atendiendo yo á vuestra instruccion, os diré, que la visitacion de María es un modelo al que debéis arreglar vuestras visitas y todas las costumbres, porque es toda santa, es un dechado de santidad, es el ejemplar de las mas sólidas y heroicas virtudes; porque su causa es sola la caridad, fuente de todas ellas, sus medios un compendio de lo mas florido y sublime de la perfeccion, sus efectos admirables y los mas á propósito para fomentar la esperanza. Ya sé que la visitacion de María es un misterio, de que apenas hablan los santos Doctores; un misterio que veneran con silencio los sagrados intérpretes; un misterio que refieren los evangelistas en muy pocas palabras; pero sé igualmente que el Señor, que puso en movimiento al niño Juan en el vientre de su madre, é inspiró á Isabel aquellas memorables palabras, que manifiestan de algun modo este misterio, puede inspirarme á mí las que sean conducentes á vuestro aprovechamiento.

Visitádnos, Virgen amorosa, como visitasteis á vuestra prima Isabel; amádnos con la ternura que á ella; inspirádnos las sublimes virtudes que le inspirasteis, y atraéd sobre nosotros las copiosas bendiciones del cielo que atrajisteis sobre ella y sobre toda su familia en esta ocasion. Para interesaros en favor nuestro, os rezamos el *Ave María*.

Son tan superiores á nuestra comprension algunas de las verdades que nos enseña la Fe, tan ajenas, al parecer, del curso ordinario de las cosas, y tan contrarias al órden natural, que encontraríamos gran repugnancia en creerlas, si no estuviéramos tan persuadidos de la infinita veracidad de Dios. De este número es sin duda la que nos propone la Iglesia en la presente festividad. Una doncella tierna, descendiente de los esclarecidos reyes de Judá; una doncella amante del retiro; una doncella tan satisfecha de la dignidad de su estado, que por no perderlo, renuncia un honor que envidian los hombres y los ángeles; una doncella de estas circunstancias emprende sola un largo y penoso viaje, atraviesa un terreno quebrado y montuoso, se presenta en una ciudad populosa...; y todo esto sin otro objeto que visitar á una mujer, si bien superior en la edad, pero muy inferior en la dignidad y nobleza. Quién no se admira? quién se resuelve á creerlo? Pero quién ha de dudarlo, si iluminado con la brillante antorcha de la Fe, ó instruído por una feliz experiencia, conoce los frutos de aquella virtud que nunca cesa de alabar el Apóstol? (1) ¿de aquella virtud benigna, paciente, que todo lo sufre, que todo lo espera, que nada teme, que nada envidia, que arrostra con firmeza los mayores peligros, que vence todas las dificultades? ¿de aquella virtud, que hace despreciar los intereses propios por buscar los de Jesucristo? ¿de aquella virtud compañera inseparable del Espíritu santo, y que solo reside en nuestros corazones, mientras son habitados por él? ¿de la caridad, de la fervorosa caridad que ennobleció siempre la preciosa alma de María? Seria por cierto hacer una grave injuria á la Providencia, no creer que desde que participó de nuestra naturaleza esta vírgen incomparable, fué amada de un modo especial del Espíritu santo, é inflamada su alma por el fervor de esta virtud; pero lo seria mucho mayor no persuadirse á que en el instante mas dichoso para el hombre, en aquel feliz momento en que fué elevada á la excelsa dignidad de madre del Verbo divino, le comunicó todo su amor la Trinidad santísima, haciéndola toda amable, toda hermosa, toda inmaculada, toda agradable á los divinos ojos.

Abrasada desde entónces por tan sagrado fuego, y deseando comunicar á otros los bienes que con tal abundancia se le ha-

(1) I. Cor. c. 13.

bian dispensado; despreciando los peligros, las dificultades, los respetos humanos, y depuesta su natural timidez, se levanta *exurgens*; deja su amada soledad, emprende su viaje, trepa por aquellos riscos, *abiit in montana*; y sin reparar en su delicadeza, ni sentir por entónces incomodidad alguna, corre presurosa *cum festinatione*; estimulada del anhelo por el bien de su prima; llega á la célebre Hebron, y sin detenerse á observar lo que en aquella ciudad llamaria la atencion del ménos curioso, busca diligente la casa de Zacarias, entra en ella con ansia, se precipita en los brazos de su amada Isabel, le da con la mayor ternura un ósculo suavísimo de paz, como dice san Bernardo, y la saluda con el afecto mas expresivo: *et intravit in domum Zachariae, et salutavit Elisabeth.*

Feliz salutacion! dichosa visita! viaje admirable! empresa propia de la madre de caridad! valiéndome de las expresiones de la Iglesia! Por todas partes se ve resplandecer aquí el fuego de esta virtud heroica; en todas las circunstancias de este acto brillan los caracteres de la preciosa margarita; el buen olor y la exquisita dulzura de la principal de las virtudes se dejan percibir en abundancia. Pero ¿cómo es que esta vírgen, acostumbrada á los ejercicios del recogimiento y de la contemplacion de María, emprende á tanta costa los officiosos cuidados de Marta? — Porque sabia bien, responde á esta pregunta san Agustin, que la verdadera caridad, si bien se entrega necesariamente en algunas ocasiones á un ocio santo, lo sacude otras muchas, lo destierra de nosotros poniéndonos en accion, siempre que la necesidad ó la utilidad del prójimo reclaman nuestra asistencia: y no pudiendo haberla mas justa que la de procurar que el Criador sea conocido, amado y adorado de sus criaturas, ántes bien consiste en esto, dice el mismo santo Padre, la verdadera caridad y la mas exacta justicia, porque es con propiedad interesarse en la gloria de Dios y en la felicidad del hombre, no pudiendo haberla mas justa que hacer á otros participantes de los beneficios que hemos recibido, María va á casa de Isabel, movida principalmente del deseo de dar á conocer á sus primos el misterio de Dios hecho hombre; á manifestarles su poder, su gloria, su divinidad, para inspirarles el amor mas perfecto, y exigir de ellos la veneracion mas profunda; á comunicarles el mismo Dios que acababa de dársele, y que no habia recibido para sí sola, como siente san Pedro Crisólogo; del mismo modo que si dió su con-

sentimiento á la propuesta del ángel, si admitió la divina maternidad, fué, en opinion de san Bernardino de Sena, para dar á otros aquel tesoro inmenso de su Hijo con el amor mas intenso y entrañable. ¿Puede darse ocupacion mas piadosa que la de visitar á unos deudos ancianos y justos, consolarlos en sus tribulaciones, asistirlos en sus enfermedades, con tanto mayor esmero y diligencia cuanto es mas crítica su situacion?

Examinemos los motivos que tuvo la Virgen para emprender tan molesto viaje, y detenerse por tres meses en aquella casa feliz. San Antonino de Florencia y san Buenaventura no descubren otro que el deseo de asistir á su prima en aquel parto, que no podia ménos de ser peligroso en atencion á su avanzada edad, y á la esterilidad de tanto tiempo. Le pareció esta obligacion tan indispensable, dice san Ambrosio, que por desempeñarla, se resuelve á abandonar su casa y no volver á ella, hasta haberla terminado completamente. Yo á la verdad no puedo ménos de conformar mi opinion con la de estos santos Padres, porque decir que vacilante en la promesa del cielo, quiere asegurarse presenciando el parto de una mujer infecunda por su ancianidad, es el mayor despropósito, en atencion á que acostumbrada á conversar familiar y continuamente con Dios, y á ver y palpar el cumplimiento de todas sus promesas, no es regular que dudase un solo momento de la verdad de una embajada dirigida por el mismo Dios: fuera de eso Isabel, instruída por el Señor y animada de su divino espíritu, atribuye aquella felicidad al incomparable mérito de su fe. No ménos injurioso seria á esta Señora suponer que aquella visita era efecto de una vana curiosidad, de una ambicion desmesurada, ó del sórdido interes: dejemos estos vicios detestables para los infames aduladores, á quienes la esperanza de mejorar de fortuna, de adquirir honores y dignidades, hace sufrir las mas degradantes humillaciones y las mas odiosas molestias, á despecho de su altivez y de su egoísmo; no confundamos con estos infelices, esclavos de las mas vergonzosas pasiones, á la que no há mucho se prestaba gustosa á la ignominia de la infecundidad y rehusaba una excelencia, incomparable con todas las dignidades del mundo, por no privarse de la gloria de la virginidad. Demas de eso, ¿qué honores, qué riquezas podia desear la que tenia dentro de sí misma un tesoro infinito, la que disfrutaba el honor excelso de ser madre de Dios? Ni el impío El-

vidio, ni el blasfemo Nestorio se atrevieron á mancillar con tales vicios la pureza, que ha creído y confesado siempre inmaculada la Iglesia de Jesucristo.

En comprobacion de esto quiero presentar el testimonio de san Ambrosio, á quien despues del Evangelio he elegido en este asunto por mi director principal. Segun este santo prelado, María no salió de su casa movida de la incredulidad, de la incertidumbre, de la duda: *non quasi incredula de oraculo, nec quasi incerta de nuncio, nec quasi dubitans de exemplo*: la alegría de ver cumplido el deseo, que siempre tuvo de la felicidad de sus prójimos, el gozo de saber que su prima va á dar á luz al que no tiene igual entre los hijos de mujer, *leta pro voto*; el anhelo de felicitarla por tanta dicha y de prestarle sus servicios, *religiosa pro officio*; en una palabra la caridad, la afectuosa caridad es la que dirige sus pasos hácia la casa de Zacarías: *in montana Virgo, officii memor, injuriæ immemor affectu urgente, non sexu, relicta perrexit domo*. Así habla de esta visita tan ilustre Doctor, porque despues de haber examinado todas sus circunstancias, ninguna halló que no se conformase con aquel excelente principio.

Con efecto todo en ella fué santo, todo admirable, todo heroico: pudiera decirse que habia reunido todas las virtudes, para que de cada una se eligiese lo mas precioso. La fortaleza que hizo á María superior á tantos peligros y dificultades, el pudor que por tanto tiempo la hizo estar oculta en medio de una ciudad célebre y populosa, la modestia, ese escudo impenetrable á los tiros de la impureza, la amistad mas oficiosa, la mas verdadera, la mas santa que se conoció jamas, la humildad... Al llegar á esta excelente virtud no puedo ménos de detenerme y llamar acerca de ella vuestra atencion. Para ello creo suficiente recordar las circunstancias que acompañan á María á la salida de su casa. Esta se verificó, segun el Evangelio, luego que se apartó de su presencia el ángel; luego que el Espíritu santo obró en ella el mas estupendo de todos los prodigios; mas claro, luego que fué madre de Dios. Entónces, cuando se vió elevada á la cumbre del honor y de la gloria; cuando pudiera causar envidia á los reyes, á los emperadores, á los ángeles; cuando con sobrado fundamento podia esperar que las criaturas todas le prestasen todo género de obsequios y humillacio-

nes; entónces fué cuando se resolvió á visitar y servir á una mujer oscura, y aún despreciada de todos.

Pero quiero haceros conocer todo el mérito de su humildad por la conducta y expresiones de su dichosa prima: esta al verla en su casa se ruboriza y declara su justa admiracion, exclamando como fuera de sí: *unde hoc mihi?* (1) de dónde me ha venido á mí tanta dicha? de dónde procede un honor tan excesivo para mi familia? La madre de mi Dios y Señor honrar mi casa con su presencia; *unde hoc mihi?* Por mas que reflexiono, no hallo en mí el mas leve mérito para tan grande recompensa: esto precisamente es un milagro de la gracia. No extrañéis mi admiracion, por grande que sea, pues ya os consta que jamas se ha visto en el mundo un ejemplar de esta visita; y yo no puedo ménos de persuadirme á que oculta algun misterio, en razon á que apénas he oído su dulce salutacion, ha empezado mi hijo á dar saltos los mas extraordinarios, como si su alegría no le permitiera estar mas tiempo encerrado en mi vientre.

No puede ponderarse, como es debido, la humildad de María en esta ocasion. Tributarle los mas honoríficos elogios por las virtudes y excelencia de que se reconoce revestida; escuchar unas alabanzas, cuyo fundamento no puede negar sin hacer traicion á la verdad; ser aclamada bendita entre todas las mujeres y madre de todo un Dios; saber que en efecto es así todo esto, y no envanecerse... Hipócritas detestables, vosotros que de una humildad aparente ó imaginaria tomáis pretexto para una verdadera y refinada soberbia; vosotros que oyendo los elogios que se tributan á alguna devocion exterior, ó á algun acto de virtud, que con un afectado disimulo tenéis buen cuidado de hacer á vista de todo el mundo, aparentáis cubriros de un modesto y repentino rubor; vosotros que con una soberbia revestida de abatimiento negáis el hecho, cuando sabéis que es imposible ser creídos; vosotros podiais tomar una leccion de suma importancia en la ejemplar conducta de María. Este modelo de humildad de ningun modo rehusa los honores que le dan en esta ocasion la verdad y la justicia; no trata de disimular, dando motivo á los circunstantes para que continúen sus elogios; lo que hace, sí, es cortar la conversacion, y humillarse

(1) *Luc. c. 1. v. 43.*

mas, á proporcion que se van manifestando sus excelencias y virtudes, enseñándonos por este medio, ántes que san Pablo con su doctrina, que nadie debe gloriarse en la posesion de los bienes que ha recibido de otro; que pues Dios es el dispensador de todas las cosas, nunca estas, por grandes que sean, deben excitar en nosotros el orgullo y la vanidad, sí solo la gratitud y la religion. No niega el mérito de su fe; pero no puede tolerar que se atribuya á él toda su elevacion: la respuesta que da á aquella incomparable felicitacion, *beata quæ credidisti*, es bendecir al Señor, y en manifestacion de su humilde reconocimiento, entonar aquel admirable cántico, que con tanta frecuencia y alegría repite la Iglesia: *Magnificat anima mea Dominum*. Por este medio, tan noble, tan propio de su dignidad, supo hacerse superior á todo elogio, sin faltar en lo mas mínimo á su conciencia, por este medio consiguió que se atribuyeran al Señor los inmensos beneficios, las gracias singularísimas que la familia de Zacarías acababa de recibir, sin negar que ella era el conducto por donde se comunicaban, por no decir el origen de que procedian.

No era el reconocimiento una virtud extraña á Isabel, y aunque lo fuera, no podria ménos de manifestarse reconocida en esta ocasion, porque le daria ejemplo el hijo que llevaba en sus entrañas. Este, apénas oye la afectuosa salutacion de María, empieza á dar saltos de contento. Cosa singular y extraordinaria, que no puede ménos de excitar la admiracion de Isabel. Su recuerdo hace exclamar á san Gregorio: ¿quién tuvo noticia jamas de semejantes saltos? cuando impedido el uso de sus sentidos y ligados todos los miembros, parecia imposible todo movimiento, Juan se mueve, porque se adelanta la naturaleza; ve, oye y resaluda á quien le visita; se alegra, se regocija, salta, no pudiendo ocultar en su interior los motivos de su alegría. Estos á la verdad eran muy poderosos; la gracia de Dios se introduce en su alma en aquel felicísimo momento, la libra del fatal contagio de la culpa hereditaria, la colma del Espíritu santo; se le descubren los mas ocultos misterios, se le confieren las gracias necesarias para el desempeño de su ministerio de precursor, el que, como dice san Juan Crisóstomo, empieza á ejecutar desde entónces, publicando en el modo posible la venida del Mesías, manifestando con sus extraordinarios movimientos su presencia y la gloriosa elevacion de su ben-

dita madre. Qué asombro ! cuando su madre no ve ni oye mas que á su prima María , el hijo ve, siente y conoce al Redentor, sin que sean suficientes á impedirselo los velos de que uno y otro se hallan cubiertos : en una palabra, de tal suerte se anticipa la gracia en este prodigioso niño á su naturaleza, que sin poder llamarse hombre todavía, no solo era ya profeta, precursor, justo, santo y lleno del Espíritu de Dios, sino que de un modo inexplicable hace á su madre participante de la gracia que abundantemente acaba de recibir.

Con efecto Isabel es tambien llena del Espíritu santo ; beneficio que en sentir de Orígenes, se le dispensa por causa y por medio de su hijo. Como quiera que sea, bien pudiera decir como san Pablo (1) que no estuvo en ella ociosa la gracia del Señor, pues descubriendo en el mismo instante el misterioso preñado de su prima, y no viendo ya en ella solamente una doncella virtuosa, una mujer santa, sí ademas el mayor prodigio, el milagro mas singular, una vírgen madre del Eterno, exclama entusiasmada : *¡ bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu dichoso vientre !* porque si sola su presencia ha traído á mi casa tanta felicidad, ¿ cuál será la tuya, que no solo le tienes presente, sino que le alimentas con tu propia sustancia, vives su misma vida, y eres, por decirlo así, una misma cosa con él ? Mil veces feliz y bienaventurada, porque creíste al ángel que te anunciaba una cosa al parecer increíble ! Por cuán bien empleado daria entónces Isabel el rubor que le habia causado su infecundidad, viendo que le proporciona ahora la dicha de conocer y hospedar al Deseado de las gentes ; de servir á su bendita madre, ó mejor dicho, de ser servida de ella ! Cuanto mas reflexiona estas circunstancias, tanto es mas humilde su reconocimiento ; y cuanto mas se reconoce y humilla, tanto mas se multiplican las gracias. No es fácil computar las que experimentaria en el espacio de tres meses que permaneció María en su casa ; pero de los admirables efectos que ocasionó su primera entrada, podemos inferir que serian mas estupendos, cuanto mas permaneció en ella. Pensar de otro modo seria hacer una grave injuria á la caridad del Salvador, y á la piedad afectuosa de su madre.

Tambien alcanzaron al sacerdote Zacarías los beneficios de

(1) I. Cor. c. 15. v. 10.

esta visita, en cuya terminacion se soltó su lengua ligada hasta entónces por su incredulidad. Ilustrado su entendimiento con la misma luz que su familia, prorumpió en aquel glorioso y sabido cántico de alabanzas y bendiciones al Señor, y lleno del Espíritu santo, segun las palabras del Evangelio (1), anuncia á los pueblos ser llegado el tiempo de su felicidad. ¡ Dichosa casa en que hay tantos profetas como habitantes ! ¡ dichosa casa en que habita el Señor de un modo tan especial, que todos se olvidan de sí mismos, por dedicarse á publicar las glorias de su Criador ! ¡ dichosa casa, retrato fidelísimo de la mansion de los bienaventurados espíritus ! Feliz visita, origen de tantas felicidades ! ¡ feliz visita, á que asisten todas las virtudes precedidas de la caridad ! ¡ feliz visita, santa en sus principios, santa en sus medios, santísima en sus consecuencias ! ¡ feliz visita que nos proporciona tantos misterios que creer, tantos prodigios que admirar, tantos ejemplos que seguir ! ¡ feliz visita, modelo perfecto de todas las visitas y de la conducta que debemos observar con nuestros prójimos ! Oh ! si arregláramos nuestras acciones á este original, seríamos, no digo profetas, pero sí justos ; no precursores del Mesías, pero sí panegiristas de sus glorias ; no seríamos santificados del mismo modo que el Bautista, pero se nos comunicaria el Espíritu santo, porque su purísima esposa nos visitaria trayendo consigo á su Hijo muy amado.

Sí, vírgen santa, visitádnos ; nunca mas necesaria vuestra visita que al presente : envejecidos en el vicio y estériles de buenas obras, apenas hemos concebido un imperfecto deseo de la verdadera felicidad ; pero vuestra visita lo haria eficazísimo : visitádnos y vendrá sobre nosotros la bendicion del cielo ; nuestra lengua inmóvil, como la de Zacarías, entonará las alabanzas del Dios excelso, publicará sus glorias, engrandecerá su nombre ; nuestros miembros atados para la virtud se soltarán como los del Bautista ; saltaremos de alegría, al contemplar vuestras grandezas y las de vuestro hijo, y correremos presurosos por el camino desierto de la virtud á la mansion eterna de la gloria. Amen.

(1) Luc. c. 1. v. 67.